

te vengo á buscar al mundo: vuelvo á mi Padre, y quiero llevarte conmigo; y así me desnudo de mis propias vestiduras, para que tú te desnudes de los vicios, para que te desnudes de tí misma, y para que te desnudes del mundo y sus vanidades. Cíñome con este lienzo, para que tú te ciñas, porque es angosta la puerta donde habemos de entrar. Póngome en traje de siervo tuyo, porque tú no te corras, ni te afrentes de serlo mia: póngome á tus plantas, para rogarte que te vengas conmigo y me sigas, porque aunque yo podía usar de mi poder para atraerte, pero mi amor no quiere sino que vengas por amor: pongo á tus piés las manos, en que estan todas las cosas, para que entres en el verdadero conocimiento de que cuanto tengo lo pongo á tus plantas; y para que conozcas cuánta es la grandeza del amor que te tengo, yo mismo te lavo los piés, que son los afectos de tu corazon, y estando limpios los aplico á mis labios, y te doy aquel ósculo de amor, por quien tanto clama la esposa santa. Ea, alma, ¿no te enamoran estas razones? ¿Tendrás ánimo para dejar un Dios tan amante y amoroso? ¿No te cautiva el corazon ver á Dios tan amorosísimo arrodillado á los piés de su criatura? ¿Qué mayor extremo puede hacer su amor?

213. Considera cómo el Señor empezó á lavar los piés de los discípulos, y comenzó, como dicen los mas, por San Pedro, aunque otros dicen que comenzó por Júdas; porque como era el enfermo de mas peligro, quiso el Señor aplicarle primero la medicina: pero degémoslo por inmundo, porque aunque el Señor le lavó, mas sucio se quedó de lo que estaba, y vamos á nuestro santo apóstol. Llegó el Señor con la vacía á sus piés, á arrodillarse, y se los pidió para lavárselos. Quedóse asombrado y espantado el santo apóstol, y es de creer que retiró los piés, juntó las manos, y puesto de rodillas, hecho dos fuentes de lágrimas sus ojos, con profundísima reverencia y humildad le dijo: ¿vos á mí, Señor, me lavais los piés? ¿Vos, que sois mi Dios, mi Criador y mi Señor? ¿Vos, que sois Hijo verdadero de Dios, á mí, que soy un vilísimo pecador? ¿Vos os arrodillais delante de mí, y me quereis lavar los piés con esas divinas manos, en quien puso el Padre sus tesoros? Calla (le respondió el Señor,) que lo que yo hago tiene misterio, el cual tú ahora ignoras: despues te lo explicaré yo. ¡O Señor! (prosiguió San Pedro) salva vuestra divina reverencia, eso yo no lo consentiré, que vos me laveis á mí los piés, ni tampoco puedo sufrirlo. Los

piés sucios y enlodados, los piés toscos de un rústico y pobre pescador, los piés que han andado por las sendas de la perdicion, ¿quereis que se pongan en las manos del Dios verdadero? No, Señor mio, jamas lo consentiré. Miróle el Señor con severidad, viendo que la humildad y reverencia se pasaban á vicioso extremo, y le dijo: atended, Pedro, que si no consentis que os lave, os echaré de mi compañía. Atemorizado el Santo con esta amenaza, temblando le dijo á su divino Maestro: Señor, de esa manera no solo los piés, sino tambien las manos y la cabeza: aquí estoy, haced de mí y en mí vuestra santísima voluntad. Sosegó entónces su divina Magestad el ánimo tímido y turbado de San Pedro, diciéndole: el que está limpio no necesita de lavarse mas que los piés; y vosotros limpios estais, aunque no todos. Pondera todas estas palabras, que en todas tienes buena doctrina. Pon delante de los ojos de tu alma, que si tanta admiracion le causó á San Pedro el ver arrodillado delante de sí al Hijo de Dios, ¿qué admiracion seria la de los ángeles, que tiemblan en su presencia? ¿Qué atónitos se quedarían viéndole lavar y besar los piés de los hombres? Y cuando el Señor les revelase que aquello lo hacía por hacer humildes á los hombres; cuando despues los viesen engreídos y llenos de soberbia, ¿qué dirían? ¿Qué dirán ahora, viéndonos tan altivos y soberbios?

214. Considera cuán digna es de reprehension en la escuela del Señor la propia voluntad, aunque vaya vestida de reverencia de Dios, y de conocimiento propio, puesto que por ella quiere el Señor desterrar de su compañía á su apóstol; y tiembla de tí mismo, y en cosa grande ni pequeña alterques con el que te gobierna en nombre del Señor, ni ménos te deges engañar de humildades falsas, que con especie y color de tales, son soberbias que resisten á Dios. Pondera tambien cómo la compañía del Señor no sufre muchas; y tiembla de aquella palabra del Señor: si no te lavare, no tendrás parte en mí; esto es, en mi gloria y en mi reino, como explica la version siriaca. Mira cuán de temer son las manchas del alma, que nos destierran de Dios y de su gloria. Lávate pues con cuidado en la confesion sacramental, y mira cómo te lavas, porque muchos son como Júdas, que del lavatorio salió mas manchado de lo que estaba. Piensa cómo aunque estés limpio, necesitas de lavarte los piés, que son las culpas veniales, que se contraen por los afectos terrenos: no

las tengas en poco, que te disponen para las caídas mortales; y fuera de eso son muy grandes impedimentos para aprovecharse en el ejercicio de la oración, y más en particular para llegarte á la mesa del altar. Estos reparos has de hacer, y entender que es el principal estudio de la meditación y oración el descubrir las virtudes en la vida y obras del Señor, para ponerlas por obra; y esto quiso enseñar el Señor en las palabras que dijo inmediatamente después del lavatorio: ejemplo os he dado, para que conforme yo hice, así hagais vosotros. Y esto se entiende (como dijo el apóstol San Pablo) no solo en esta ocasión, sino en toda su vida santísima.

215. Considera cómo acabado el lavatorio se subió el Señor con sus discípulos al cenáculo, y volviéndose á sentar á la mesa, cogió el Señor un pan en sus santas y venerables manos, y bendiciéndole, lo partió, y dió á sus discípulos diciendo: tomad esto, y comedlo todos, porque este es mi cuerpo, que por vosotros ha de ser entregado. ¿A quién? A la pasión y muerte afrentosa de la cruz. Y tomando luego el cáliz, le bendijo, y se les dió diciendo: bebed todos de él; porque esta es mi sangre del nuevo testamento, que por vosotros y por muchos será derramada en remisión de los pecados. Esta es la institución del divino Sacramento del altar, aquella nueva é inaudita maravilla que el divino amor reservó para lo último, para echar en ella el resto de sus finezas, y obrar en aquellas maravillas el mayor de sus milagros. Y así dice el sagrado evangelista que cogió el pan en sus manos, para dar á entender que es obra de todo el poder y omnipotencia de Dios. Acuérdate, que hablando el Espíritu Santo de la creación del mundo, dice que es obra de sus dedos. Y hablando de la encarnación, vida pasión y muerte, dice, que son obras de la mano de Dios, enviado de lo alto para librar al hombre; pero aquí dice que esta obra es de entrambas manos, que es de toda la omnipotencia divina, que tiró la barra en comunicarse con liberalidad y largueza infinita. En la creación mostró su amor en comunicarle la participación limitada de su ser: en la justificación, la participación limitada de su naturaleza por la gracia: en la encarnación todo lo comunicó; pero solo á la naturaleza de Cristo nuestro Señor: en la predicación les mostró la luz de su sabiduría, y en la pasión y muerte les declaró su amor, porque no puede ser mayor la caridad, que poner la vida por el

amado; pero en este divino Sacramento no anda con limitaciones, que de todo punto se da á los hombres el mismo Dios con toda su esencia, naturaleza, personas, propiedades y atributos. Dásele al hombre el mismo Jesu Cristo en cuanto hombre y en cuanto Dios, con toda su alma, su cuerpo, su divinidad, y con todo el tesoro de sus infinitos merecimientos, de sus hambres, sudores, cansancios, frios, fatigas, penas y martirios, y todo se da no á uno, sino á todos, y á cada uno de por sí, para que lo tenga por suyo, lo tome y lo guarde en su pecho con tanta particularidad, como si este Señor fuera de uno solo; así lo recibe todo, como si no le recibieran los demás. ¡O amor incomparable! Así como mi Padre me amó á mí, así yo os amé á vosotros, dice el Señor. Mi Padre, por el amor que me tiene, puso en mi mano todas las cosas; y yo por el amor que os tengo á cada uno de vosotros me doy con todas las cosas. Piensa en esta fineza, cristiano, y date tú al mismo Dios con todas tus cosas, con toda tu alma, con todo tu cuerpo, y cuanto tienes: no le reserves nada de tu miseria, puesto que su Magestad no te reserva nada de su grandeza.

216. Considera ahora todas las acciones y palabras con que el Señor acompañó este divino beneficio, y piensa en cada una de ellas lo que su divina Magestad te quiere enseñar. Piensa que le ves sentado á la mesa, echando resplandores de su divino rostro, hermosísimo, grave, modesto y devotísimo, y que le ves coger con sus santísimas y venerables manos aquel pan, que así lo dice la iglesia, y es para que sepas, que las manos del que le ha de recibir han de ser santas; esto es, sus obras y su vida han de ser santas é irreprehensibles; mira que si no lo es la tuya, que la enmiendes ántes de recibirle. Piensa que teniendo el pan en sus manos divinas, ves que levanta al cielo sus hermosísimos ojos, y con esto te quiere decir, que teniendo tú este divino pan á tu disposición, ya no has de mirar cosas de la tierra, sino que levantando de todo lo terreno la vista de tu alma, has de suspirar por solo el cielo. Piensa que le ves, que teniendo así elevados al cielo sus ojos divinos, habla con su Eterno Padre todo inflamado en amor; y agradeciéndole el favor que hace á los hombres en aquella grandiosísima maravilla, le da las gracias con grandísima humildad y reverencia por todos nosotros; como quien dice: ¡ó Padre benignísimo, Padre Eterno, Padre piadosísimo, y Padre de las misericordias y de

todo consuelo; excesivo é inefable es el beneficio que hace vuestra divina omnipotencia en esta dádiva á los hombres; y como por su poca capacidad no penetran su grandeza, así no os han de dar las debidas gracias; por eso, Padre mio amantísimo, yo os las doy en nombre de todos ellos, como si á mí, y no á ellos hiciérais aqueste tan soberano é inestimable favor. Mira, cristiano, que aquí muestra tu ingratitud y la mia, y solo que le seamos agradecidos pide. ¡Mira qué paga esta para un tan grande beneficio! Y con todo no la halla en nosotros.

217. Considera que mirando al Señor, ves que bajando sus divinos ojos, los pone en el pan que tiene en sus manos, y cogiendolo con la una, levanta la otra, y le echa su santa bendicion; y con esto te quiere decir, que en ese pan divino estan todas las bendiciones eternas, figuradas en las temporales de los santos patriarcas, con que bendecian á sus hijos. Ellos, bendiciéndoles, les deseaban la abundancia de riquezas y bienes temporales; mas en este divino pan te da tu Padre Dios toda la abundancia y plenitud de los bienes eternos y riquezas de su gloria: mira no la pierdas por ser mal hijo. Piensa que luego le ves partir el pan, y alargando sus amorosas manos, con semblante alegre, tierno y enamorado, les va repartiendo á cada uno su bocado; y lleno de tanto gozo, que le reverberaba por los ojos, les dice: tomad, este es mi cuerpo, comedlo todo; como quien dice: hijos amados de mi corazon y entrañas, hasta aquí puede llegar mi amor: en esto que os doy estoy yo mismo: comedme y entradme allá dentro en vuestros corazones, que esto era lo que yo deseaba; este era el grande deseo que traia en mi alma, y por eso os digo al principio, que en grande manera habia deseado comer con vosotros esta pascua; porque deseaba sumamente que vosotros me comiéseis á mí: ya con esto se me cumplió mi deseo. ¡O amor eterno, no conocido, no pensado ni atendido de los pecadores! Mira qué palabra aquella, cristiano: comedme. ¿Qué padre, ó qué madre, por mucho que á sus hijos quiera, se dejará cortar un brazo para darles de comer y saciarles la hambre? Y nuestro Dios dice: comedme todo, todo, sin reservar nada: hartaos, hartaos de un Dios que se humanó por vosotros. ¡O pasmo y prodigio de amor! Dime, católico, ¿te ha llenado este Señor, que llena los cielos y la tierra? ¿Te hallas harto de Dios cuando le recibes? ¿Dices con aquel santo

y amigo del Señor, que ya no puedes con tanto Dios, que se retire un poquito? ¿Hay algun rincón en esa alma que no esté lleno de Dios? ¿Hay en donde pueda entrar y caber siquiera una pajita de la tierra? ¿Y si acaso se entra, queda luego consumida del fuego de tanto amor? ¡Mas ay miseria! ¡Ay vileza humana! ¡Ay miserable condicion de los hombres! Comemos á este Señor, y siempre estamos hambrientos de lo terreno. Comémosle, y ni aun le gustamos: entrámosle á nuestros pechos, y no le sentimos: pasa por nosotros, y quedamos pobres y mendigos: es fuego vivo, y aun no nos calienta: es rico, y ni aun siquiera una pequeña limosna nos deja: es luz, y no nos alumbra: es medicina y médico, y no nos sana: vida, y no nos resucita. ¿Y qué es la causa? Que somos malos, y le recibimos mal: somos carnales, y le recibimos con sola la boca de la carne: estan el alma y corazon llenos de tierra, y no queremos vaciarla, ni arrojarla de nosotros: por eso nos quedamos sin los bienes del cielo.

218. Considera y piensa que ves comulgar á los santos apóstoles, y atiende bien á aquellos semblantes; que por el rostro sacarás lo que pasa en sus corazones, que como dijo el Señor, poco ántes estaban limpios y purificados. Mira cómo al comulgar, luego se suspenden y quedan tan devotos y recogidos, y con tanta composicion y modestia en los rostros, que ya ni sombra parecian de lo que eran ántes: éntrate allá á sus pechos, y atiende con los ojos del alma, y verás que se abrasan en fuego de amor: verás aquellas almas llenas de luz y claridad divina, verás las pasmadas, humildes y reverentes con la nueva presencia del Esposo, hasta entónces ignorada: verás las que se gozan y se deleitan tan inefablemente en el Señor y con el Señor; y finalmente las verás todas transformadas en Dios en tanto grado, que cuando de allí á rato hablaron, digeron que se hallaban prontas á ir con su Señor y Maestro á la cárcel, á las prisiones y á la misma muerte; ¡y qué mucho si estan llenas de Dios! ¿Tienes tú algunos de estos deseos cuando comulgas, ó te quedas tan indevoto como estabas, y tan tibio como de ántes? Sí: pues no estabas limpio cuando le recibiste, lavaste y purificaste. Piensa que habiendo así registrado el interior de los santos apóstoles, vuelves á atender al semblante de tu Maestro y Señor, y le ves con el mismo gozo que ántes le miraste, y que mirando á sus apóstoles, todo lleno é infla-

mado en amor les dijo: esto haréis en memoria mia; que es otro impensado é inaudito beneficio; como quien dice: el beneficio que ahora os hice á vosotros, quiero que sea universal para todos mis escogidos: y porque yo visible y corporalmente me aparto de ellos, y en este Sacramento me pongo, mediante la consagracion que se hace con las palabras que habeis oido, por eso yo os doy mi autoridad, no solo á vosotros, sino tambien á todos los sacerdotes que hubiere en mi Iglesia hasta el fin del mundo, para que cuantas veces quisiéreis, diciendo las mismas palabras que yo digo, consagreis el pan y el vino, y así me tengais con vosotros hasta que el mundo se acabe. ¿Qué te parece, alma, de este beneficio? ¿Cuál te parece mayor, consagrarse el Señor á sí mismo, ó dar autoridad á los hombres para que le consagren? ¿Cuál te parece mas, que un rey le haga entrega una vez de sí á una esclava, ó que la dé autoridad sobre sí mismo, para que cuando quisiere le prenda, encarcele y ponga en prisiones, y que á su satisfaccion se las mude y ponga á su voluntad? Pues mira que no es otra cosa la autoridad sacerdotal. Ves que cuando quieren le consagran, y consagrado lo encierran entre dos tablas en un sagrario: cuando le quieren sacar le sacan; y cuando renovar las prisiones en aquellos accidentes sagrados, lo hacen renovando el Sacramento. ¿Qué te parece? ¿Es esto dar autoridad al hombre sobre sí mismo? ¿Al esclavo sobre el amo, al siervo sobre su Señor, y á la criatura sobre su Criador? ¿Pues hasta dónde pueden llegar mas las finezas? ¿Basta esto para cautivar tu amor? ¿Ves á Dios cautivo de tí mismo y de tu amor? ¿No bastará esto para que te deges cautivar del suyo? Mas, ¡ó villanía baja y vil de nuestros corazones! ¡Tan desamorados á vista de tanto amor! ¡Tan ingratos y duros á vista de tantas finezas, que ninguna es bastante para vencerlos!

219. Considera aquellas palabras: esto lo haréis en memoria mia. En la consideracion pasada consideraste solo aquellas que dijo la Magestad divina de nuestro soberano Maestro: haced esto que yo hago; esto es, consagraréis, como acabo de consagrar; y ahora se sigue que consideremos las otras: esto haréis en mi memoria. Dice San Pablo,* que es mandarnos que nos acordemos de su santísima pasion y muerte cuando le consagráremos y recibiéremos en nuestros

* 1 Cor. xi. 24.

pechos. ¡O inmensa caridad y amor del Hijo de Dios! exclama San Gregorio. Iba entónces á sacrificarse por nosotros á la muerte, y muerte de cruz; y pareciendo corto aquel sacrificio, no contento con lo que allí iba á padecer, porque si posible fuera, quisiera estar padeciendo por nosotros hasta el fin del mundo; como ya una vez muerto y sacrificado en la cruz, no podia volver á morir, ordenó este sacrificio incruento de su santísimo cuerpo y preciosísima sangre, y dió autoridad á los hombres para que le estuviesen continuamente sacrificando hasta que se acabe el mundo; y con tanto amor, que si como el sacrificio es incruento, fuera posible derramar en él su sangre, tantas cuantas veces se consagra, que son cada dia innumerables, otras tantas derramara toda su sangre por nosotros: por eso dice que traigamos á la memoria esta fineza siempre que le recibiéremos, ó asistiéremos al sacrosanto sacrificio de la Misa. Y así haz cuenta, cristiano, que cuantas veces oyes misa, otras tantas se ofrece por tí en la cruz; y cuando le recibes haz cuenta que se ofrece, bajando de la cruz, á tu corazon por sepulcro: purifícaselo bien, y lávalo con lágrimas de dolor, originadas de la compasion de sus penas, que por eso quiere que no se te caiga de la memoria su santísima pasion, y la pena de haberle ofendido, y por eso se pone como muerto en las manos de tu alma cuando le recibes.

220. Considera otra fineza especialísima, que se contiene en este grande beneficio de la Eucaristía. Ya sabes como el ofrecer sacrificio á Dios es casi tan antiguo como los hombres: y así lo hacian Abel y Cain, y de estos sacrificios usaban: lo uno, en reconocimiento del supremo dominio, que confesaban tener Dios sobre todas las criaturas; y lo otro, para aplacar su indignacion cuando los pecados le irritaban; y lo que ofrecian á Dios eran corderos, aves y otras cosas de la tierra; y como todo era bajo y de poca estimacion raras veces se aplacaba el Señor. Atendiendo, pues, nuestro Salvador Jesucristo á la gran necesidad que teníamos y habíamos de tener de aplacar la justicia de su Padre, porque habian de ser muchas nuestras culpas, y de mayor malicia que las antiguas; quiso darnos que ofreciésemos al Padre, y no nos dió corderos, cabritos ni aves, sino á sí mismo; como quien dice: vuestros pecados han de irritar á mi Padre despues de tantos beneficios como habeis recibido: y así necesitais de ofrecerle una cosa gravísima y preciosísima, para que puesta en su divina presencia, haga contrapeso á la suma

gravidad de vuestras culpas: de vosotros no teneis cosa buena, ni á propósito, porque sois de todas maneras pobres y miserables; y así os quiero dar una cosa, que es la mayor que tienen los cielos y la tierra; tal es, que vale tanto como mi Padre; y esta soy yo, que soy su Hijo Unigénito, y esta os doy; á mí mismo me entrego y hago donacion entre vivos: recibidme como cosa propia, y haced de mí lo que quisiéreis: ofrecedme á mi Padre como cosa vuestra; que no es posible, que viendo que le dais á su Hijo, dege de aplacarse. ¡O infinita clemencia y bondad inestimable de este Señor! ¿Qué mas podia hacer el amor infinito que darse para sus desempeños á la criatura el mismo Dios? ¿Quién si se echara á pensar grandezas pudo jamas llegar á imaginar, que un cristiano habia de tener por suyo á Dios, y que como cosa propia habia de ofrecer á Dios al mismo Dios? ¿Quién jamas pensó que podia llegar el hombre á tanta dignidad, que pudiese pagar deudas infinitas á Dios infinito, y con prenda de tanto valor, que por mucho que deba, siempre vale mas lo que le ofrece á Dios, que lo que á Dios debe por sus deudas? Este desempeño, ¿quién lo pudo dar al hombre, sino aquel abrasado incendio de amor, que ardia en aquel divino pecho? ¿Y con esto no le serás agradecido, cristiano? Quedas agradecido toda tu vida al que te presta un poco de plata para tus desempeños; ¿y no lo quedarás eternamente á este Señor, que se te da á sí mismo para un desempeño, que si no es por ese camino, no era posible que lo pagases; y no pagando, habias de estar eternamente padeciendo penas?

221. Considera otra razon, que hace aun mas inefable aquel amor. Sabia el Señor lo mal que le habiamos de pagar estas finezas, y que por ellas le habiamos de hacer graves ofensas, y corresponder con ingratitudes: con todo esto nada es bastante á entibiar su amor. ¡Grande amor fuera el de un rey, si dejando la grandeza de su corte, escogiera para vivir una aldea miserable, y por lo mucho que estimaba á aquellos villanos, no obstante que le tratasen mal, que le despreciasen, y á veces atrevidos le diesen de bofetadas, y no hiciesen caso de él, con todo ni los quisiese dejar, ni apartarse de ellos! ¡O gran Rey de los cielos y de la tierra, que sabeis lo mal que os han de tratar los hombres, los desacatos que os han de hacer, unos tratándoos mal de palabras, otros de obras, ya cogiéndoos en sus manos sucias, ya arrojándoos á lugares inmundos, como son los pechos y corazones de los

que indignamente os reciben, ya no haciendo caso de vos, entrando en vuestra casa tan desatentos, asistiendo en vuestra presencia tan olvidados de que estais con ellos, que allí mismo os suelen hacer graves injurias, haciendo en vuestra casa lo que no hicieran en la casa del mas vil hombre del mundo; y con todo quierdes estar con ellos, no los quierdes dejar, ni podeis acabar con vuestro amor el faltar de entre ellos! Hermano, usa de urbanidad con este Señor, no le seas mas desatento: mira que no merece su amor esas ingratitudes.

222. Considera cómo después de un tierno, largo y profundo sermón que tuvo el Señor á sus discípulos después de la cena y sagrada comunión, salió (como lo tenia de costumbre) con ellos de Jerusalem, cosa de las ocho y media de la noche, para el huerto de Gethsemaní, en donde solia pasar las noches en oración, y era el lugar en donde le habian de prender. Piensa que le ves salir del cenáculo, y á sus discípulos que le siguen sin preguntarle adónde va á aquella hora, porque ya sabian que sus salidas eran á pasar la noche en soledad, orando, clamando y llorando por la salvación de los hombres. Haz cuenta que te vas en pos de los apóstoles, y considera con San Buenaventura, que los ves llenos de tristeza, de temor y miedo, y que derramando lágrimas decian unos á otros: ¡qué, esta noche nos habemos de quedar solos! ¡Qué, nos han de quitar á nuestro Maestro! ¡Qué, se ha de apartar de nosotros, y nosotros de él! ¡O duro apartamiento! ¡O duro y cruel divorcio! Con esto piensa que llorando amargamente se llegaron al Señor, que iba delante de ellos, y oia sus lamentos y suspiros, que le atravesaban el corazón, y cogiéndole en medio, le digeron: ¿qué, os vais, Maestro santo? ¿Qué, nos dejais y os apartais de nosotros? ¿Qué será de vuestros discípulos, huérfanos, solos, y desamparados de vuestra santísima presencia? Piensa que llorando el Señor se volvió á ellos, y con dulcísimas palabras llenas de suavidad y amor, les dice: no os turbeis, hijos míos: ¿creeis en Dios? Creed en mí, que aunque me aparto como hombre, como Dios no os puedo faltar: esto acabará presto, y luego me veréis hombre verdadero, como ahora, pero glorioso y resucitado; y entonces será grande vuestro gozo: ahora tened paciencia, porque es forzoso que la voluntad de mi Padre se haga, y que con mi muerte se redima el mundo de la esclavitud del demonio, que á esto vine al mundo, y no á otra cosa: tres dias durará mi ausencia, y luego os llenaré